

©editorial BNEI SHOLEM

P^{EL}**PRINCIPE** **I****MPERIAL**
y otros cuentos



©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original
Serie Oasis

Único autorizado para la distribución y comercialización
Editorial Bnei Sholem

©**COPYRIGHT 2015**

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



EDITORIAL BNEI SHOLEM

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whatsapp +549 11 5111 2925

editorial@bneisholem.com.ar / editorialbneisholem@gmail.com

www.bneisholem.com.ar

ISBN: 978-987-3833-17-5

IMPRESO EN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

Anónimo

El príncipe imperial / compilado por Isidro Lapidus. - 1a ed. adaptada.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Bnei Sholem, 2015.

226 p. ; 23 x 16 cm.

1. Judaísmo. comp. II. Título. CDD 296

Fecha de catalogación: 08/04/2015

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

| | |
|--|-----|
| Cuatro almas se protegen bajo las divinas alas | 9 |
| Pagar y no jurar | 24 |
| Felicidad y desdicha | 38 |
| El talismán entrecosido | 53 |
| Bien recompensado | 60 |
| La certera visión | 65 |
| En el sueño y en la realidad | 72 |
| Con la fuerza del versículo | 77 |
| Visitar a los enfermos y ayuda a los novios | 87 |
| Shabat, un preciado diamante | 92 |
| ¡Olvidar! ¿Cómo se puede olvidar? | 95 |
| Tu voluntad es la mía | 105 |
| La condición | 112 |
| Oyó el llanto | 119 |
| El príncipe imperial | 126 |

| | |
|--|------------|
| El médico zapatero | 137 |
| La rápida sentencia del tribunal celestial | 143 |
| En el hospital | 153 |
| El llamante | 159 |
| El agüatero | 166 |
| Rehusó celebrar la boda | 174 |
| Un negocio conveniente | 177 |
| Reubicando el sagrado sábado | 187 |
| La venganza | 194 |
| En el tren | 198 |
| La aldeana y familiar sucá | 204 |

Cuatro almas se protegen bajo las divinas alas

En el año 5641 (1881) llegó a Lodz, proveniente de Rusia oriental, un judío anciano con su familia. Traía un poco de dinero y se instaló con una tienda de tejidos.

El anciano no tenía aspecto de judío y ni siquiera podía hablar correctamente el idish. No obstante el extraño trató por todos los medios de conducirse con el mayor judaísmo posible, y de tomar parte en todas las cuestiones judías que estuvieran a su alcance. Esto resultaba bastante interesante ya que no bien empezaba a hablar se notaba que sus conocimientos sobre judaísmo eran pocos.

El hombre tenía consigo tres muchachitos, sus nietos. Tres días después de su llegada a Lodz se presentó con los tres muchachitos rubios, que no tenían aspecto de judíos. en casa del rabino R' Eliahu Jaim Maisez. —Rabbi —dijo con su enrevezado idish—. Vine a que Ud. me aconseje cómo educar a estos chicos, para que sean buenos chicos. Yo solo no lo puedo hacer, en el interior de Rusia toda mi vida casi no he visto un judío. Incluso yo mismo no sé con certeza que es un judío, y de estudiar o indicar que deben estudiar los chicos ni que hablar.

— ¿Y éstos son tus hijos? — preguntó el Rab.

—No. Son mis nietos, hijos de mi hijo. La madre murió hace cosa de un año. Poco tiempo después fallecía también mi esposa. Desde entonces me embargó una gran nostalgia hacia los judíos y hacia una comunidad judía y pese a que tenía un buen negocio decidí liquidarlo todo y mudarme entre los míos. Al mismo tiempo traje a mis nietitos para educarlos como judíos y que sean buenos hijos de su fe y de su pueblo.

Al pronunciar estas palabras, las lágrimas corrieron de sus ojos y con gran esfuerzo logró tranquilizarse.

—Por eso le pido Rabbi— continuó diciendo — que vigile la educación de mis nietitos. No escatimaré dinero. Pagaré todo lo que haga falta. Comprendo que ellos darán mucho trabajo. No saben ni una palabra de idish, sólo conocen el ruso. En primer término habrá que enseñarles idish y sólo después judaísmo. Yo quiero que eso se consiga de cualquier forma.

Bastantes remordimientos ya tuve hasta ahora. Harto ya sufrí y demasiadas lágrimas ya vertí por ello. Ahora me siento dichoso por haber alcanzado el mérito de estar entre judíos y poder servir a Di's junto a ellos.

— ¿De qué se ocupaba en Rusia y qué hace ahora en Lodz? — preguntó el Rab.

—En Rusia tenía un gran negocio al por mayor y me iba muy bien. Reuní una gran fortuna. Pero todo lo tiré, incluso perdí una gran suma de dinero que había prestado a oficiales y otros empleados. Pero no quería seguir sufriendo, mi corazón casi estalló de dolor cuando recordé mi pueblo y mi religión. Yo mismo no sé nada. Allí no vi judaísmo en nadie. Vine acá, a Lodz alquilé un almacén, y comercio con manufactura. No

obstante reservé una suma grande para educar a mis nietitos y para caridad. Esa suma, Rabbi, la pongo a su disposición.

En ese momento el hombre sacó un fajo de billetes y se lo extendió al Rab. El Rab no tomó el dinero pero aclaró que se ocuparía de la educación de los tres muchachos.

La emoción hizo lagrimear al anciano el cual se inclinó para besar las manos del Rab.

El Rab indicó al anciano que volviera con los chicos a los dos días, que él trataría de encontrar un maestro capacitado. Y realmente así sucedió, el Rab buscó para los tres chicos, un maestro adecuado que les empezara a enseñar desde las primeras letras. A partir de entonces el abuelo visitó a menudo al Rab, observaba sus costumbres y tradiciones y trataba de repetir todo en su casa. Se alquiló un lugar en la sinagoga y se compró un “talit” para acudir a los rezos. También repartía mucha caridad.

Los dirigentes de la sinagoga no lo llamaban a la Tora porque no lo querían avergonzar. El les había aclarado previamente que no sabía pronunciar correctamente.

Así pasó un largo tiempo. Los chicos aprendieron las letras, después a rezar y así siguieron adelantando hasta que ya empezaron a comprender qué era judío y judaísmo. El rabino de Lodz supervisaba la educación de los chicos, muchas veces les tomaba sus lecciones y cuando tenía tiempo estudiaba él mismo con ellos.

Los chicos crecieron y celebraron el Bar Mitzvá de uno, después del otro y también del tercero.

De satisfacciones el anciano abuelo rejuveneció. Cuando oía a los chicos hablar en idish, comentar algo del Jumash su alegría no tenía límites y no sabía dónde esconderse de felicidad.

Así pasaron varios años. El anciano abuelo empezó a debilitarse. Los tres nietos trabajaban en el negocio el cual prosperaba y se ampliaba día a día. El anciano, debido a su edad y debilidad, ya no podía seguir activo en los negocios.

El abuelo enfermó de pronto, poniéndose cada vez peor. La alegría desapareció de su rostro tornándose cada vez más triste. A medida que se iba debilitando, iba poniéndose más triste y melancólico y se lamentaba cada vez más. A nadie quería contar el motivo de su tristeza y de su llanto.

Cuando los médicos dijeron que tenía los días contados, el anciano empezó a pedirle a dos de sus buenos amigos que sin falta lo condujeran a un pueblito, pues no quería morir en Lodz sino en una pequeña aldea vecina.

Todas las tentativas realizadas para conocer el motivo de su pedido fueron en vano.

El anciano no quiso dar ninguna explicación y permaneció firme en su deseo.

Los buenos amigos del anciano no supieron qué hacer pero conscientes del gran interés que el Rab demostraba por el enfermo y sus nietos fueron a verlo para recabar su consejo. El rab tampoco podía comprender de que se trataba no obstante notaba que era una cuestión importante.

El rab tampoco quería que el anciano del cual ya se sabía

que vivía guardando un secreto, lo llevara consigo a la tumba y fue a visitarlo de inmediato.

Al comienzo de la conversación, el enfermo tampoco quiso explicar al rab el motivo de su pedido. Solo que no quería que durante su entierro hubiera judíos y especialmente sus nietos.

Al rabino de Lodz no hacía falta contarle más, él ya imaginaba lo que allí estaba sucediendo, no obstante quería conseguir que el mismo anciano lo confesara, para orientarse claramente respecto a la forma en que debía conducirse con él y después con sus nietos los cuales se habían convertido en honestos y educados judíos. Por ese motivo el rab no dejó de preguntar al enfermo por qué no quería morir en Lodz.

—Le va a ser más fácil morir si alivia su corazón — dijo el rabino

—También será mejor para el futuro de sus nietos.

No había pretexto que pudiera convencer al anciano, pero el futuro de sus nietos era para él lo más sagrado y querido que tenía en este mundo. Por eso, cuando oyó al rab hablar del futuro de sus nietos, el anciano ya no pudo seguir ocultando su secreto, ordenó salir a todos y con lágrimas en los ojos relató al rab la siguiente historia:

—Me acuerdo perfectamente que desciendo de judíos, que mis padres eran judíos. En mi juventud los soldados me llevaron y por la fuerza me convirtieron. Serví durante 25 años. Nunca olvidé que era judío pero se comprende que no pude cuidar el judaísmo. Después, cuando me liberaron del servicio militar y debí buscar una ocupación, durante largo tiempo no pude encontrar algo adecuado para mí y olvidé por completo

mi ascendencia judía. Luego me casé con una cristiana que aportó al matrimonio una buena dote y empecé a comerciar con buenos resultados.

—De mi esposa tuve un hijo único. Mi hijo creció como un verdadero ruso. A medida que se hacía mayor iba adquiriendo todas las malas costumbres. Se emborrachaba como pocas veces puede verse.

—Mi corazón se deshacía de dolor viendo eso. A medida que pasaba el tiempo la conciencia me atormentaba más y más al recordar mi ascendencia y mi propia educación. Mi origen me atraía cada vez más.

—No obstante mi hijo tuvo suerte y se casó con una buena muchacha que tampoco era judía. Ella trató de influenciarlo por todos los medios para que mejorara, pero no sirvió de nada. Le nacieron los chicos, todos varones. Estos son los tres chicos que yo le traje. Después, a causa de la gran pena que le ocasionaba la conducta de su marido, y temiendo por la educación de sus hijos a los cuales ella quería más que a su propia vida, enfermó y en pocos meses murió.

El anciano enjugó las grandes lágrimas que se deslizaron por su mejilla y siguió contando:

—Mis sufrimientos se hicieron cada vez peores. Mi conciencia no me daba respiro y me decía: «Tú naciste judío, contra tu voluntad te convertiste en cristiano, contra tu voluntad observas todo lo que te sucede. A tu hijo ya lo has perdido, ya no lo mejorarás. Trata al menos de proveer a tus nietos, cuida que ellos retornen a la raíz de la cual tú mismo descienes»,

— ¿Pero qué podía hacer yo, una persona sola en un mun-

do de no judíos, sin un familiar, sin un apoyo? Mi corazón estaba siempre junto a mi pueblo. Por eso tomé la firme decisión de abandonar mis negocios, llevarme los chicos e irme a vivir entre judíos para tranquilizar así mi propia conciencia. Así lo hice. A mi hijo le alegró que le sacara los chicos y ni se le ocurrió pensar con qué fin yo los llevaba. Llegué a una ciudad cercana, allí tuve conocimiento de sus actividades y de su gran piedad hacia todos los que acuden a Ud. por ayuda y sin volverlo a pensar vine a Lodz. Realmente no me engañé. Bajo su abrigo paternal empecé a tranquilizarme de a poco, pero...

— ¿Pero cuál es el resultado de todo eso? — continuó hablando el anciano con voz ronca como si quisiera no oírse él mismo—. Yo sigo siendo un mal judío, y no es el caso ponerse a hacer una evaluación de esa situación en estos momentos. Ahora estoy próximo a morir y todos se enterarán de mi terrible secreto. Pero eso no es lo peor, debo pagar por mis largos años de pecado, pero... ¿qué va ser de mis nietos? ellos ya son muchachos crecidos y comprenden a la perfección esta irregular situación.

—Este es el motivo por el cual no quiero morir en Lodz sino en un Pueblito chico. Yo no quiero que nadie conozca mi secreto, ni siquiera mis nietos. Después de mi muerte será su obligación, Rabbi, ocuparse de la suerte futura de estos tres muchachos nacidos no judíos.

El enfermo calló, se notaba que en esa larga narración había gastado muchas fuerzas. Hundió su rostro en la almohada y en silencio gimió. El rab tenía su mano apoyada sobre la cabeza del enfermo y dos lágrimas aparecieron en sus bondadosos, apacibles y piadosos ojos.

La tarea del rab fue ardua. Sondeó profundamente el alma del desdichado y por todos los medios trató de mitigar su sufrimiento. El rab visitaba al enfermo casi todos los días. Cercano ya el día de la muerte, el rab, no dando explicaciones a nadie ordenó llevar al enfermo a una aldea vecina a Lodz. Para los nietos significaba que el anciano necesitaba aire fresco y por eso se lo trasladaba a la aldea.

Algunos días después de su llegada a la aldea el anciano moría. Murió sólo, tal como había transcurrido toda su vida. Nadie fue a su entierro.

De toda esta historia el rab no informó ni siquiera a los de su casa. Sólo se enteraron las personas que debían ayudar al rab a llevar a cabo la última voluntad del anciano: esforzarse en que los tres nietos se convirtiesen en verdaderos judíos. ¿Cómo lograr eso? Era una tarea muy difícil.

R' Eliahu Jaim dijo a uno de sus allegados que esa era una de las tareas más difíciles que le habían tocado llevar a cabo en toda su vida. El rab debió preparar el primer encuentro con los tres jóvenes para informarles la última voluntad de su abuelo. Por eso dicha reunión fue debidamente preparada. El rab pidió a dos distinguidos judíos de su comunidad, que fueran testigos de esa conversión. La reunión se efectuó en un día determinado. Cuando estuvieron reunidos el rab empezó a decir

—Chicos, ustedes crecieron en Lodz bajo mi responsabilidad y vigilancia. Vuestra cuna y vuestra procedencia yo no la conocía. Yo hice aquello que consideré mi obligación y mi corazón se alegró cuando vi que mi trabajo era fructífero. Vi

como ustedes fueron haciéndose hombres enérgicos, honestos y buenos. Los vi conducirse como buenos judíos. Pero cuando vuestro abuelo enfermó, antes de su muerte, él me llamó y me descubrió un secreto que había llevado consigo casi toda su vida.

—Sepan —continuó diciendo el rab — que ustedes no son judíos. Nacieron de una madre y un padre cristianos. Vuestro abuelo había nacido judío y fue convertido al cristianismo por la fuerza. Por lo tanto en vuestra familia se perdió una generación. Recién la segunda generación, por circunstancias extraordinarias, regresó al judaísmo. Pero — siguió diciendo — eso es solo aparente, en verdad todavía falta mucho para que ustedes sean judíos y puedan ser recibidos en el seno de la comunidad judía.

El rab contó a los jóvenes todo lo que había escuchado del anciano antes de su muerte. La trágica historia de su vida, su arrepentimiento al llegar a la vejez y su ilimitado deseo de que sus nietos, lo único que le quedaba en la vida, tornaran al viejo tronco.

—La situación es muy delicada — dijo el rab — Toda decisión está ahora exclusivamente en ustedes y deben seguir vuestro propio criterio. Yo espero que ustedes me harán conocer vuestra decisión. De todas formas, yo les aseguro que a excepción mía y de estos dos testigos nadie se enterará de toda esta historia.

En el cuarto se hizo el silencio. Nadie pronunció palabra. Los tres jóvenes, pese a que podían haber imaginado de que se trataba, estaban sumamente confundidos por la trágica na-

rración del rab. El mayor de los tres rompió el silencio:

—Pero Rabbi, hasta hoy usted fue nuestro maestro y consejero, fue quién ocupó el lugar de nuestro padre. Ahora quiere dejarnos solos, que ni siquiera tengamos con quien aconsejarnos. Somos muy jóvenes y no tenemos ninguna experiencia, decidir sobre una cuestión tan difícil no es para nuestras fuerzas. Rabbi, dénos todavía su consejo, díganos como debemos actuar. Obedeceremos ciegamente todo lo que usted nos ordene.

—No, chicos, — respondió a ello el rab — Igual que hasta ahora no podrá seguir siendo. Ustedes deben agudizar vuestro entendimiento e incluso vuestras fuerzas físicas para pensar, analizar y estudiar vuestra situación y tomar una decisión valedera. No es necesario que se apresuren. Piensen con tranquilidad y no se equivocarán.

Los jóvenes se fueron de la casa del rab tristes y desamparados, sin saber que debían hacer.

Sólo a las seis semanas volvieron los tres a la casa del rab y el mayor dijo:

—Rabbi, los tres decidimos convertirnos en verdaderos judíos. Nada sobre este mundo podrá hacernos cambiar de opinión.

Así fue. Las conversiones fueron llevados a cabo en Galitzia. Los tres hermanos siguieron viviendo en Lodz.

Este no fue el final de esta historia. Los tres nuevos judíos continuaron ocupándose de su negocio y empezaron a calmarse tras las difíciles vivencias de los últimos tiempos. Pero

aparentemente no era eso lo que el destino les deparaba. No se sabe de que forma el padre de los tres jóvenes se enteró que vivían en Lodz y que estaban en buena posición económica. El padre, que era un borracho y un gran derrochador había contraído grandes deudas en el pueblo donde vivía y para poder seguir con su modo de vida necesitaba mucho más dinero. Por ese motivo no lo pensó mucho, reunió lo necesario para el viaje a Lodz y se puso en camino.

Al llegar a Lodz el padre fue directo a lo de sus hijos. Al entrar en el negocio, él no reconoció a sus hijos ni ellos a él. Pero una palabra tras otra y todo empezó a aclararse. La confusión y vergüenza de los tres jóvenes no tenía límites. No obstante la opinión que pudieran tener del visitante no dejaba de ser su padre. Pero también sabían que su padre era todo un ruso y de acuerdo a sus palabras se dieron cuenta que no tenía la menor idea que sus hijos fuesen judíos. El padre también notó que allí la situación no era del todo normal. Pero no dijo nada pensando como conseguir de sus hijos una suma mayor de dinero.

La situación era muy complicada y padre e hijos no lograron ponerse de acuerdo. Los jóvenes decidieron pedir de inmediato el consejo de R' Eliahu Jaim Maisel, bajo cuya vigilancia habían estado durante su infancia y adolescencia.

—Rabbi — dijo el mayor de los hermanos al entrar a lo del Rab — Nuevamente debemos acudir a usted por consejo. Nos encontramos prácticamente en un callejón sin salida. No sabemos qué hacer primero.

— ¿Y ahora qué pasó? — preguntó asombrado el rab— Yo

pensé que vuestros sufrimientos ya habían acabado.

—No sé cómo debo llamarlos, si sufrimientos o no. No obstante la situación es muy difícil. Nuestro padre vino desde Rusia a vernos.

— ¿El ya sabe que ustedes, ahora son verdaderos judíos?
— lo interrumpió el rab.

—No Rabbi. De acuerdo a sus palabras me doy cuenta que él todavía no lo sabe. Se quejó mucho de su difícil situación económica. Nos acusó de habernos olvidado de nuestro padre mientras nos convertíamos, según él mismo se expresa en “grandes millonarios”. No supimos que contestarle. Prácticamente ya nos habíamos olvidado que teníamos un padre que vivía lejos, en algún lugar de Rusia. ¿Qué debemos hacer ahora? ¿Cómo debemos actuar?— el hijo pidió su consejo al rab.

El rab se quedó pensativo. Realmente era una situación difícil que debía ser aclarada lo antes posible.

—Dejaremos a un lado todos los problemas secundarios. En primer término vayan a casa y cuenten a vuestro padre toda vuestra vida, desde que junto con el abuelo se fueron de su lado. No le oculten ni lo engañen en nada. Díganle la verdad, con todos los detalles. Es vuestra obligación hacerlo de inmediato.

Pese a ser una tarea tan difícil el hijo mayor la llevó a cabo tal como el rab indicara. Le contó al padre todo lo acaecido desde el tiempo en que el abuelo los sacó a los tres de su casa yéndose con ellos a Lodz, hasta la muerte del anciano. Y cómo ellos, los tres jóvenes habían vuelto al judaísmo.